

EL METALURGICO

ORGANO DE LA FEDERACION
SIDEROMETALURGICA DE ESPAÑA
U.G.T.



Desde Ginebra

Dos caminos, dos conductas

En enero de 1931, la representación obrera en el Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo, en Ginebra, preocupada hasta lo infinito por el crecimiento pavoroso del número de obreros en paro forzoso, y convencida a la vez de la incapacidad de la burguesía para resolver el hambre y la miseria de tantos millones de criaturas humanas, planteó en el seno del organismo internacional LA CONVENIENCIA DE REDUCIR LA JORNADA DE TRABAJO A CUARENTA HORAS SEMANALES COMO MEDIDA DE PREVISION QUE AMINORASE UN POCO NO MAS LOS EFECTOS DE LA CRISIS DE TRABAJO QUE SE SUFRIA.

La clase trabajadora, con conciencia plena de su deber, aportó a la discusión, conjuntamente con el sentido humano de su propuesta, LAS PRUEBAS DEMOSTRATIVAS DE LAS POSIBILIDADES QUE EXISTIAN, Y EXISTEN, PARA SER ATENDIDA SU DEMANDA, SIN QUE ELLO SIGNIFICASE LA RUINA TOTAL DE LA PRODUCCION.

En la Conferencia Internacional del Trabajo de junio de 1931 la clase trabajadora defendió ante el mundo su propuesta. Los Gobiernos de todos los países—excepto el de España—diferieron para otra Conferencia su respuesta. La crisis de trabajo siguió destruyendo la vida de los trabajadores y la economía de los pueblos. En el año 1932 los obreros reproducen, con mayores bríos, su demanda. Nada se consigue. Precisa esperar, recopilar datos, saber técnicamente si la propuesta obrera es posible dentro de una economía capitalista. Los votos de Gobiernos y patronos detienen de nuevo el avance de las ideas nuestras. Hay que esperar un año más. La Conferencia de 1933 estudia de nuevo el problema. El clamor de miseria de los oprimidos sólo lo perciben los trabajadores. Patronos y gobernantes, amparados por las armaduras de los ejércitos mercenarios, no se enteran del hambre y del dolor de los sin trabajo. El 1933, como en el 1931 y en el 1932, el problema no se resuelve. ¡Esperen ustedes otro año!, se dice a los trabajadores. En la Conferencia de 1934 la clase patronal, dominada por el temor de que la pretensión obrera pueda traducirse en una realidad viva, niega su concurso a las deliberaciones iniciadas en las de la Conferencia. Nada tiene que argumentar frente al clamor de millones de trabajadores, víctimas inocentes de la avaricia capitalista. No presta su colaboración, y la propuesta obrera se hunde una vez más ante el clamor de un pueblo que demanda justicia y protección. En 1935 llegan hasta los estrados de la Conferencia representantes de jóvenes obreros de todo el mundo a mostrar JUNTAMENTE CON SUS TITULOS DE ABOGADOS, MEDICOS, INGENIEROS, OBREROS ESPECIALIZADOS, LA FALTA DE MERCADO DONDE PODER ALQUILAR LA FUERZA CREADORA DE SU INTELIGENCIA O DE SUS BRAZOS.

Millones de obreros amenazan y piden amparo. La fuerza coercitiva de los ejércitos privados ahoga violentamente este clamor popular. ¡Esperen ustedes otro año, y no se impacienten! Y los trabajadores esperan el acto de justicia que les salva. La Conferencia de 1936 intenta discutir y resolver. La clase patronal, más cerril que nunca y más intransigente que lo fué jamás, se niega también a colaborar y a discutir en las Comisiones. Estima ruinoso el convenio—este es su argumento—y no presta con su presencia validez a cuanto se intenta hacer. La provocación capitalista adquiere con esta negativa caracteres de agresión inculcable. Sin embargo, las abstenciones de algunos delegados gubernamentales en el momento crítico de la votación, hace que también en 1936 el proletariado sea derrotado y se pierda toda posibilidad y toda esperanza de encontrar, AL AMPARO DE LA LEY, EL CAMINO POR EL CUAL PUEDAN DISCURRIR LOS OBREROS HACIA SU EMANCIPACION. ES LA BURGUESIA, SON LOS GOBIERNOS, SERVIDORES DE LA MISMA, QUIENES HAN CERRADO TODA POSIBILIDAD DE CONVI-

VENCIA CIUDADANA. Es esa clase social—no lo olvide nadie—y sus servidores asalariados, los responsables, LOS UNICOS RESPONSABLES de cuanto puedan hacer los trabajadores para conseguir sus legítimas ambiciones ideales.

En Francia, en Bélgica y en España se han producido recientemente conflictos de carácter social de alcance tan profundo, que afirmamos sin temor a la rectificación que constituyen una página históricamente dramática en la vida de las naciones.

¿Qué fuerza impulsiva mueve el dinamismo de los trabajadores en estos conflictos sociales?

El más fundamental, SU DERECHO INNEGABLE A VIVIR. El proletariado está convencido DE QUE LA BURGUESIA ES INCAPAZ DE MODIFICAR SU PENSAMIENTO Y SU CONDUCTA EN ORDEN A LA ESTIMACION Y RESPETO QUE DEBE MERECERLE EL HOMBRE QUE TRABAJA. SIGUE CONSIDERANDOLE COMO UN ESCLAVO. COMO ALGO QUE LE PERTENECE EN FUERZA CREADORA Y EN ESPIRITU. Y esto no puede ser, y no será.

La burguesía se niega a seguir un camino evolutivo. Está bien. Allá ella con su responsabilidad.

Nosotros no nos detendremos jamás.

La fuerza de la organización impondrá a

Los metalúrgicos de Barcelona se fusionan

El día 14 de junio señala una nueva etapa para los metalúrgicos de Barcelona. Una etapa de un trabajo, si se quiere, abrumador; pero que ha de rendir resultados satisfactorios para cuantos en Cataluña defienden la orientación y la táctica de la Unión General de Trabajadores.

Por delegación del Comité de nuestra Federación acudió el día 13 del corriente a Barcelona a fin de presidir la asamblea de fusión de los Sindicatos de la U. G. T. y U. S. C. que había de tener lugar el día 14. Previamente a la asamblea cambié impresiones con los Comités de ambos Sindicatos. Les separaban dos cosas: la primera, el domicilio que en lo sucesivo ha de tener el Sindicato ya fusionado, y la otra, el número de compañeros que cada uno ha de tener en el nuevo Comité. Para la Federación estas diferencias no eran, no podían ser fundamentales. No lo eran tampoco para los Comités de los Sindicatos, ya que, al no ponerse de acuerdo ni siquiera con mi intervención, dejaron ambas cosas para que la asamblea las resolviera como estimara pertinente, comprometiéndose los dos a acatar lo que la asamblea de fusión resolviera.

La asamblea me produjo la más excelente impresión. No fué todo lo numerosa que había de esperarse, si tenemos en cuenta el número de asociados con que cuenta cada Sindicato. Unos 800 tomaron parte en la votación. Pero para mí lo más interesante no fué el número de los que asistieron. A decir verdad, esperaba muchos más; pero la contrariedad que esto me produjo quedó compensada con la conducta que observaron aquellos 800 compañeros. Lo que más apasionaba era lo del domicilio del Sindicato fusionado. Algunos compañeros temieron que, al dar a conocer el resultado de la votación, se pronunciaran, de un lado, aplausos; del otro, protestas. Pues bien: cuando antes de dar conocimiento del resultado de la votación pedí a unos y a otros que se abstuvieran de hacer ningún género de manifestaciones, se promovió un

la burguesía el respeto que ahora nos niega y las mejoras de carácter económico a que tenemos derecho. Las huelgas, controladas, dirigidas y acordadas por la organización que representamos, son, y serán, la respuesta al cerrilismo del capitalismo.

No son una maniobra política contra el Poder republicano. Si lo fuesen, lo diríamos con idéntica franqueza y lealtad.

Son únicamente—repetimos, que no lo olvide nadie—la respuesta serena y consciente de una clase que no se resigna a morir y defiende su derecho a la vida y a la libertad con todo fervor y con todo heroísmo, para salvarse y salvar con ello a la Humanidad.

Pascual TOMAS

Defended
y
propagad
EL METALURGICO



El Sr. Unamuno se ha permitido el lujo de insultar groseramente a las mujeres de los trabajadores

Unamuno se escandaliza cuando contempla con espanto—estas son sus frases—el espectáculo inhumano de esos pobres niños a quienes padres y, lo que es peor, madres desalmados les obligan a mantener enfiesto el brazo derecho con el puño cerrado y preferir estribillos de odio y de muerte y no de amor.

El Sr. Unamuno, tan sentimental y tan humano, no se conmueve ni se indigna al contemplar en los pueblos de la provincia de Salamanca, cuyas estampas son iguales al

resto de los pueblos de España, a miles y miles de niños que por haber estado sus padres de rodillas constantemente implorando a los poseedores una migaja de respeto están hoy esos niños sin pan, sin escuela y sin hogar, como una consecuencia de la resignación y mansedumbre de sus padres.

Esos puños en alto, Sr. Unamuno, tienen más espiritualidad y más romanticismo que todas las teorías por usted predicadas desde el alto sitial en que usted se ha colocado, divorciado completamente de las ambiciones ideales del pueblo español.

movimiento de expectación que acusó bien claramente el interés que unos y otros ponían en el resultado. Proclamado éste continuó el silencio. Ni un aplauso, ni una protesta. Seguidamente se nombró el Comité del Sindicato. Los compañeros de la U. S. C., que ya habían triunfado consiguiendo que el domicilio del Sindicato sea el de la calle del Primero de Mayo, llevaron también un vocal de mayoría en el Comité.

La asamblea terminó previo el obligado discurso de quien la presidía. Diré que jamás se me escuchó en Barcelona con tanto interés, ni jamás se me aplaudió allí con mayor entusiasmo que en la asamblea del día 14 del corriente.

Ya está hecha la fusión de los metalúrgicos de Barcelona, que hasta ahora habían pertenecido a las organizaciones distintas: U. G. T. y U. S. C. Se han fundido todos en la U. G. T. Y en cuanto a nuestra central sindical, sin reservas mentales. Si alguno de los elementos directivos las tuviera—que creo que no—, los afiliados estoy seguro que no tienen ninguna. Para mí esto es lo fundamental. Afortunadamente la clase trabajadora discurre ya por propia cuenta, y los directivos que quieran servirla lealmente se encontrarán asistidos por ella en todo momento. Los que quieran aprovecharse de su buena fe para encarrilarla por derroteros distintos a los que ella quiere darse, encuentran en seguida la réplica adecuada. Vivimos unos momentos en los cuales se están dando ejemplos que avalan cuanto decimos.

Los compañeros de Barcelona tienen

ahora una gran labor a realizar. Primero, vigilar a los malintencionados que quieran entremeterse en el Sindicato para torcer el camino que debe de seguir. En esto, cuanto menos transijan, mejor. Mantener la fusión a toda costa, ateniéndose a lo que determinan los estatutos del Sindicato y los acuerdos de la asamblea. Quien más interés manifieste por defender la fusión será quien cuente con el apoyo decidido de los metalúrgicos. El reglamento del Sindicato, en su artículo segundo, declara su adhesión más firme a la Federación Siderometalúrgica y a la Unión General de Trabajadores. Procederá siempre el Sindicato de acuerdo con la disciplina de ambos organismos nacionales. ¿Qué más puede pedirse?

Los compañeros a quienes haya producido disgusto el domicilio elegido están en la obligación de ser respetuosos con la resolución de la asamblea y olvidar ese disgusto para trabajar por el fortalecimiento del Sindicato y por impedir que sufra desviaciones perturbadoras. Tengan en cuenta que en Cataluña hay que ir a constituir el Sindicato regional de la industria, y Barcelona ha de pesar mucho en cuanto en este sentido se haga.

¡A poner el alma en la labor, y el triunfo será de quienes acierten mejor a interpretar los deseos de la clase trabajadora!

En Barcelona se ha hecho una fusión; pero hay que trabajar porque ella se complete. Al margen de nuestro Sindicato queda el de la C. N. T. Con una labor inteligente puede llegarse, si no a la fusión, sí a una inteligencia que permita a la clase trabajadora de Cataluña mirar al porvenir con la halagadora esperanza de un triunfo definitivo.

W. CARRILLO

Grupos Sindicales

Hubo un momento en la lucha sindical en que surgió la necesidad de la creación de algún organismo rector que encauzara los problemas específicos de cada Sindicato para su desarrollo, y esto motivó la creación de los llamados Grupos Sindicales. Estos fueron constituidos, en principio, por aquellos elementos socialistas mantenedores en todo tiempo y ocasión de los principios que encarna la Unión General de Trabajadores, y por los simpatizantes que, sin pertenecer al Partido, fueron y son consecuentes luchadores entusiastas en las organizaciones sindicales.

Estos Grupos, en principio, fueron poco numerosos y de difícil acoplamiento por la resistencia que opusieron determinados hombres al servicio de los Sindicatos, que interpretaron que la fiscalización que habían de ejercer los Grupos mencionados en las actividades sindicales era crítica personal a su obra. Esto trajo como consecuencia un retraso en la realización positiva de obras de conjunto de beneficio general; pero, al fin, con la perseverancia de algunos Grupos, se logró eliminar el personalismo y plasmó en realidad la razón originaria de su creación señalando deficiencias, orientando en las asambleas generales a la gran masa de trabajadores que siente rebeldías y deseo de mejoramiento, pero que se consideran relegados de ejecutarlos ellos mismos, pues su actividad se vincula en el hecho de sancionarlo con sus votos aprobando o denegando.

Esta consecuencia logró dar una personalidad a los Grupos y éstos ampliaron sus actividades a buscar y acoplar en los Comités a los hombres más capacitados, a transformar la estructura de los Sindicatos, a confeccionar bases de trabajo, a señalar sistemas de lucha y, en fin, a intervenir y estar vigilantes en el cumplimiento del deber de cada uno.

Pero toda orientación no podrá ser por menos que acoplada a la táctica sindical de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, y esta posición firmísima motivó la oposición sindical de otros afiliados que para oponerse al predominio que los Grupos Sindicales Socialistas tenían en el seno de los Sindicatos no vieron otro sistema que la creación de otros Grupos denominados de oposición revolucionaria, o cosa parecida, que recibían inspiración de otro partido político obrerista que en aquel entonces combatía con agresividad constante a nuestros Grupos, produciéndose un pugilato para allegarse prosélitos para regir los Sindicatos con hombres representativos de sus Grupos respectivos. Y esto, indudablemente, produjo la reacción natural en los Grupos Socialistas que, dándose cuenta de su misión, redoblaron sus actividades sin salirse de los postulados que fueron, son y serán norma y guía del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores.

De cuán grande y difícil fué la lucha muchos que esto lean lo recordarán acaso con dolor profundo, pues muchas huellas quedaron de la misma. Sin embargo, estas luchas han tenido y tienen una virtud, y es que surgieron luchadores que tienen la misión de mantener constantemente nuestra posición sindical y política, y, además, imprimir un carácter combativo a las luchas contra la clase patronal, dando margen a que los Grupos se vean nutridos por una juventud que cuando éstos se crearon no respondió como era necesario; pero que al presente acude en ofrenda esplendorosa a ocupar el puesto en la vanguardia en la lucha tenaz y constante, que es nuestro lema, hasta llegar a la conquista definitiva, a la posesión integral del Poder político por la clase trabajadora.

Antonio TRIGO

Nuestros muertos

Andrés Domingo Martínez

El día 2 de julio falleció en Madrid nuestro compañero Andrés Domingo, una de las figuras más representativas de los trabajadores metalúrgicos de Linares.

Afiliado a la Sociedad de Fundidores de Plomo El Porvenir desde el año 1901, realizó desde la dirección de la misma una gran labor de captación y de educación sindical, iniciando entre los obreros los afanes de mejoramiento social que hoy defienden con singular acierto.

El compañero Andrés Domingo ha sido diputado durante las Cortes constituyentes, realizando una labor meritoria y justa.

Enviamos desde estas páginas a sus familiares y a la organización de Linares nuestro más sentido pésame.

La personalidad de nuestro Sindicato

Después de levantada la clausura de las Secciones de nuestro Sindicato se siente en éstas un deseo y una necesidad: que el Pleno de nuestro Sindicato se celebre cuanto antes.

Nos consta que el Comité ejecutivo tiene hace ya tiempo preparada la Memoria de su gestión. Como parte del primitivo Comité se encontraba en el exilio, al volver a nuestra patria después del triunfo del 16 de febrero se habrá puesto al habla con el a tual Comité para preparar la gestión del tiempo de su actuación. Suponemos que ésta no se hará esperar y, en plazo breve, este deseo y esta necesidad se verán satisfechos.

¿Qué labor es la que habrá que desarrollar en este Pleno? A mi juicio, la siguiente: una labor de fiscalización de nuestra obra del pasado, con el principal objeto de sacar las enseñanzas necesarias para nuestra labor del futuro.

Nuestro numéricamente potente Sindicato no es, ni mucho menos, la organización que debiera ser. No hay que negar la enorme labor que nuestros Comités desarrollan y, sobre todo, el esfuerzo que éstos emplean y los sacrificios que tienen que imponerse para atender a cuantas incidencias se presentan diariamente. ¿Qué desgaste de energías no sólo en los Comités, sino en las Juntas administrativas! La brega diaria con una masa de organizados que sienten la función del Sindicato, con un espíritu a tono con los tiempos que corremos — quiebra del régimen capitalista —, y se obstinan en hacer del Sindicato la organización de defensa de pequeñas conquistas, casi siempre de carácter personal o a lo sumo de departamento, agota hombres, consume energías y, al final, no se consigue obra eficaz. Nuestra labor tiene que ser de tipo — preferentemente — colectivo.

El reconocimiento de la personalidad de nuestro Sindicato debe preocuparnos grandemente.

La organización patronal de Vizcaya nos tiene reconocida una personalidad muy amplia en el papel, pero prácticamente no nos tiene el respeto debido.

Los despachos de los dirigentes de las industrias reciben la visita de nuestros representantes. No siempre se les tiene las consideraciones debidas — aunque nuestros representantes saben mantenerse con dignidad —, y aun se podría asegurar que las mínimas que se les dispensan no son debidas a las que corresponden a una organización de tal importancia social, sino al temor de la fuerza numérica de la misma en relación con las consecuencias que su actuación puede tener. Nuestro contrato de trabajo no se respeta y ésta es una de las cosas que mejor demuestran el reconocimiento de la personalidad. Si ocurre alguna anomalía en las relaciones del trabajo no se enteran el Comité si no es por mediación de las Administrativas o por sus propios medios de información. Si hubiera una personalidad «reconocida» serían las Empresas las que se dirigirían al Sindicato poniéndole de manifiesto las irregularidades o incidencias. ¡Y cuántas gestiones, cuántos disgustos se

ahorrarían! ¡Cuánto tiempo, que necesitamos, ahorraríamos también! Tampoco las Empresas — tomen de ello nota — con este procedimiento adquieren carácter ni personalidad. ¿Es que los patronos reciben a nuestros representantes vieniendo en ellos, en primer lugar, al obrero a sus órdenes? Tremendo error. El obrero en comisión ha perdido su personalidad individual y adquiere la colectiva, y, como tal, hay que respetarle. Todos nuestros esfuerzos deben ir encaminados no a que se nos tema, sino a que se nos respete.

Y si, dejando a un lado las relaciones con los patronos, analizamos nuestra actuación como federados, también observamos algo curioso. Muchos compañeros consideran a la organización como una Compañía de seguros que, mediante el pago de una cuota semanal, les garantiza contra los atropellos de un patrono, les proporciona los beneficios de un aumento de salario, ascenso en sus empleos, etc., etc. Si la necesidad de prestar solidaridad en todos los órdenes a los compañeros les obliga a imponerse algún sacrificio, tuercen el gesto y remolonean; pero si ellos solicitan ayuda para satisfacciones individuales, ¡ah!, entonces diez o doce mil metalúrgicos deben hacer sentir el peso de su fuerza en defensa del camarada necesitado. Mientras tanto, el Sindicato desarrolla su trabajo y resuelve sus asuntos sin la ayuda de estos compañeros, que no se enteran de la labor a realizar, pues pagan su cuota y con eso cumplen. Nada tienen que hacer en la organización, como no sean reclamaciones, y entonces, con presentar el carnet con la cotización al día, para hacer valer el derecho de federados, están al cabo de la calle. ¿Que la reclamación no se estima justa, o no es oportuna? No interesa. Hay que dar satisfacción a las aspiraciones obreras, y si no, ¿para qué queremos el Sindicato? ¿Que las Administrativas o los Comités, por las mismas razones, no admiten la reclamación? No se les arguyen razones de ninguna especie. Consideran a la organización como una cosa absurda si cuando ellos la necesitan ésta estima que no es justa ni oportuna su pretensión.

Y si de reivindicaciones morales se trata, entonces la contestación es fija. Eso son tonterías; aquí lo que hace falta son pesetas. En fin, algo lamentable.

Camaradas, forzosamente tenemos que cambiar de conducta si queremos que nuestra organización sea lo que necesariamente ha de ser: un Sindicato que más pronto o más tarde, en combinación con las demás organizaciones del ramo, se haga cargo del control y dirección de la industria para dar satisfacción a las necesidades de la sociedad. Tenemos que procurar nuestras reivindicaciones, sí; pero puestos los ojos en nuestra total emancipación, que no encontraremos en este régimen, sino en un régimen socialista, que alcanzaremos tanto más pronto cuanto con más fe y más firmeza practiquemos la solidaridad, que nos llevará de la mano a la igualdad.

TAMARGO

Baracaldo.

Horas de meditación y de trabajo

Nuevamente el Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya se prepara para estructurar en el Jurado mixto de la industria unas nuevas bases de trabajo, que estén en consonancia con la situación y el momento.

A él se debió también, el año 1920, que fuera fijada en toda la provincia la escala de salarios mínimos, su restablecimiento en 1926, así como la elaboración y puesta en vigor de las actuales bases de trabajo en 1934. De suponer es, pues, que no le falte en esta ocasión, para tan laudable propósito, la ayuda y el asesoramiento que estime pertinente de cuantos obreros en la actualidad pertenecen al gremio.

Son, con este motivo, las presentes horas, para los componentes y dirigentes de este veterano y prestigioso organismo, horas de meditación y trabajo.

¿Premisas fundamentales para esta nueva estructuración? A mi modesto entender deben ser, entre otras, las siguientes: Mejora económica en cada una de las clasificaciones para cuantos en la actualidad dependen de la industria: oficiales, aprendices, especialistas y peones; disminución de años en la escala de aprendizaje; reducción del número de categorías en los oficiales; desaparición de las actuales zonas de trabajo, o, en su defecto, señalamiento de nuevas demarcaciones para éstas; establecimiento de un severo control para los casos de readmisión y despido de personal; creación de una

Caja de Previsión Social, con la que pueda atenderse debidamente a cuantos queden sin trabajo o tengan la desgracia de enfermar, y reglamentar el sistema de jubilaciones en forma que sea decorosa, para que con él encuentren el debido descanso y sosiego esa gran multitud de semisexagenarios que hoy se hallan en peligro constante de ser expulsados del trabajo por su edad, después de haber dejado en éste toda una vida de laboriosidad y de provecho, para que con este sistema encuentre a la par colocación parte de esa juventud hoy ociosa y en peligro de que pueda sumarse a quien más le prometa, aunque nada más sea literariamente, por falta de experiencia y de reflexión y por el estado de desesperación en que la actual situación los ha colocado.

En los períodos antes aludidos no se pudo, ni con mucho — justo será reconocerlo —, satisfacer plenamente nuestro deseo; pero, en cambio, sí se mejoró notablemente moral y económicamente la situación de todos los trabajadores de la industria, y se dejaron contruidos los pilares sobre los cuales hoy podrán sentarse, con relativa firmeza, las bases que ya se han comenzado a elaborar.

Piénselo bien quienes, por pruritos más o menos demagógicos, rivalidades personales o deseos de captación, están en esta hora, en algunos lugares de trabajo, prometiendo lo que después puede resultar inconquistable, cuando su deber, en estos instantes, es más bien ayudar, asesorar y encauzar estas legítimas aspiraciones. Déjense para mejor ocasión esas rivalidades y diferencias dogmáticas, que tiempo habrá, por desgracia, si las circunstancias y la mentalidad de las gentes no cambian, de señalar fecha y lugar para examinarlas; ahora, ¡a trabajar

todos en apretado haz! para que el estudio de estas bases resulte lo más completo posible, y después, para que este deseo y esperanza se conviertan en realidad y, por ende, en estado de derecho, ¡que nadie falte al cumplimiento de su deber! Simpatizantes, federados y directivos, ¡todos al lado del Sindicato Obrero Metalúrgico de Vizcaya!, que es quien puede y debe tener nuestra representación para estructurar la vida del trabajo en la industria siderometalúrgica y derivados de la provincia.

Miguel GALVAN

Erandio.

Nuestros problemas

Hacia unas jubilaciones decorosas

Son innumerables las vicisitudes por que atraviesa la clase trabajadora. A medida que avanza el tiempo éstas son más complejas; pero el haz que el buen sentido de ésta va formando elimina obstáculos y orilla hacia posibilidades alentadoras gran parte de ellas.

Vamos, pues, a abordar de cierta forma problema tan interesante como el enumerado, quizá con demasiado optimismo, o acaso también dispuestos a no alcanzar de momento nuestro propósito, sólo de momento en este caso, ya que nuestra probabilidad de éxito es casi segura; porque al tratar de arrancar de los Poderes constituidos una ley más que regule las necesidades del hombre en los días del ocaso de su vida, a unos y a otros que los ha forzado el egoísmo ilimitado de la plutocracia, llevándoles al borde del abismo prematuramente imposibilitados por el achaque de una enfermedad implacable, que, a través de un día y otro día, le fueron desgajando sin piedad para acumular capitales en los sótanos de los Bancos, creemos situarnos debidamente en el sentido que la justicia demanda.

Nosotros, los trabajadores de las distintas industrias, y muy principalmente los metalúrgicos y siderúrgicos, al plantearnos este dilema, que a la vez lo elevaremos al lugar correspondiente, podemos decir que no pedimos ninguna cosa nueva ni muy complicada; al contrario, la efectividad de este anhelo dará como consecuencia solución, en gran parte, al paro tan intenso que pesa sobre nuestro país. Y como ejemplo de que no es ningún ensayo tenemos a los llamados empleados del Estado. Citarémos cualquiera de las especialidades: la de la guardia civil misma. ¿Quién duda que éstos uniformados, habiendo sido bastante menos forzados que los obreros de cualquier otro ramo, por no haber sufrido las consecuencias de tareas pesadas, disfrutan de un haber aceptable, sin comparación a los que después de haberles sacado bien el lucro de la flor de sus años jóvenes encima se ven despreciados? La mayoría de edad del hombre que trabaja va llegando al límite de enjuiciar sobre los derechos que le asisten, sobre todo al contrastarlos con los cuantiosos deberes que se le exigen, deberes casi siempre inadecuados con el cargo que desempeña.

El estudio preliminar para llevar a efecto la reintegración vitalicia del salario está hecho en su parte esencial. Por otro lado, no podemos estar a expensas de las posibilidades que dan los Consejos de administración, que siempre son negativos, porque es muy difícil controlarles el estado económico en que se desenvuelven desde fuera. Con este fin procuran por todos los medios evitar la promulgación del control obrero, dando motivo en estos procedimientos a casos lamentables. Por su parte, hasta la fecha, los Gobiernos sintieron la mayor indiferencia a las voces de auxilio de los necesitados. Está visto que por este sendero el estudio está por hacer en lo que atañe a lo hecho por nosotros; pero de que se hagan los estudios secundarios se encargará la parte primera y primordial que se ha realizado ya, y que es en la que los obreros están de acuerdo en lo que debe ser. A este fin, la Sección de Gijón llevó al Congreso provincial, recientemente celebrado en Asturias, esa proposición en nombre de la alianza, que tan ardorosamente mantenemos aquí. Ni que decir tiene que tuvo unánime acogida por todos los delegados, y con el mayor interés de plasmarla en realidad. Sin embargo, no podemos estar conformes con esto; quisiéramos llevar al ánimo de todos los compañeros que pertenecen a nuestra Federación nacional que tomen el mismo interés que sus compañeros los asturianos, y que para la celebración de nuestro Congreso nacional esté concluida en sus formas y viable a darle paso en el «Diario Oficial» de la República.

Hasta hace poco la clase trabajadora marchaba por dos corrientes distintas, organizadas en dos centrales. Las dos centrales siguen en pie, arrolladoras. La inepcia de unos pésimos gobernantes llevó al pueblo a una tragedia: ¡octubre! Los compañeros caídos se cuentan por miles. Las fuerzas mercenarias al servicio de unos chantajistas no se fijaban en las iniciales de los trabajadores; les importaba un bledo

PAGINA PROFESIONAL

Aceros de corte

y elementos que los componen

En el número anterior hablamos de la influencia de las aleaciones de los aceros de corte, y como éstos constituyen un factor sumamente importante dentro de la industria metalúrgica, hoy trataremos con más amplitud esta materia, por ser de tanta aplicación, y que de ella depende el rendimiento de la industria.

Los aceros para herramientas han de satisfacer las condiciones impuestas por la clase de trabajo que han de desarrollar.

Existen tres clases de aceros para las herramientas de corte, o sea:

1. Aceros al carbono (llamado acero fundido).
2. Aceros rápidos.
3. Metales duros.
4. Diamantes como herramientas de corte.

La diferencia entre estas diversas clases de acero depende de su constitución, es decir, de su aleación, de la que depende la temperatura para su tratamiento, comprendida entre límites bastante estrechos, fuera de los cuales los aceros pierden su capacidad de aplicación.

De la altura de temperatura más ventajosa depende la duración de las diversas clases de acero.

1. Aceros al carbono.—Las propiedades de estos aceros dependen de su aleación. En el comercio se encuentran aceros al carbono destinados a herramientas de corte que tienen la siguiente composición, por término medio:

1,30 por 100	carbono	= C
0,12 por 100	silicio	= Si
0,20 por 100	manganeso	= Mn
0,02 por 100	azufre	= S
1,01 por 100	fósforo	= P

Estas son las materias que contiene, disueltas en su elemento principal: el hierro, es decir, distribuidas uniformemente en toda la pieza, como, por ejemplo, se disuelve la sal en el agua. La dureza del acero depende del contenido de carbono. Cuanto mayor es la cantidad de carbono, menos duro es el acero, perdiendo sus propiedades características.

Para trabajar el acero al carbono es necesario que no se caliente a una temperatura superior a 700-850° centígrados, pues a temperaturas más elevadas disminuye el contenido de carbono, perdiendo o modificándose sus propiedades características.

El punto de fusión del acero al carbono, es decir, el instante en que el material se derrite, corresponde a una temperatura de 1.300 a 1.400 centígrados.

En el temple el acero se ha de llevar a la temperatura de 700 a 850°. Si se introduce bruscamente en agua fría adquiere demasiada dureza y se vuelve quebradizo, no pudiendo utilizarse para trabajo alguno.

Hay que llevar el acero a una temperatura determinada, es decir, hasta un color que corresponde a una temperatura conocida, según la escala siguiente:

Amarillo pardo.....	220°
Amarillo paja.....	230°
Amarillo oro.....	240°
Rojo púrpura.....	250°
Violeta.....	260°
Azul claro.....	290°
Azul obscuro.....	320°

Al proceder al templado del acero conviene evitar que, por un tratamiento poco adecuado, se produzcan grietas en el mismo.

2. Aceros rápidos.—Estas aleaciones se diferencian principalmente de los aceros al carbono porque, además de los elementos que constituyen esta clase de aceros, contienen otras materias.

En los aceros ordinarios la cantidad de carbono determina la dureza del mismo; pero en los aceros rápidos la cantidad de carbono queda en segundo término, pues no ejerce influencia sensible en su dureza.

La aleación de la materia prima con metales distintos, como el wolfram, níquel, cromo, manganeso, vanadio, titanio y silicio, determina las características de los aceros rápidos. Estos elementos comunican al acero una resistencia elevadísima a la tracción y a la compresión, en cualquier estado del mismo, es decir, aun sin haber sido templados.

Los primeros aceros de esta clase aparecieron en el mercado en 1890, y eran de los llamados aceros templados naturales.

Pronto se propagó la excelente capacidad de corte de esta clase de aceros, y la ventaja de no tener que templarlos aumentó su aceptación en todos los talleres de la industria metalúrgica.

La dureza de estos aceros depende de la cantidad de manganeso que contienen.

La composición corriente de esta clase de aceros es:

1,8 — 2 por 100	de carbono	= C
0,9 — 1,3 por 100	de silicio	= Si
1,7 — 2 por 100	de manganeso	= Mn
Aprox. 0,5 por 100	de cromo	= Co
5 — 10,5 por 100	de wolfram	= Wo

Estas aleaciones permiten aumentar la zona eficaz de temperaturas hasta cifras bastante superiores a las de otros aceros ordinarios.

Los aceros rápidos pueden llevarse hasta 1.150-1.300°, es

decir, hasta el color blanco incandescente, sin peligro alguno de que pierdan en calidad.

Sin embargo, conviene tener en cuenta que al calentarlo hasta 800° hay que proceder lentamente, mientras que el aumento de temperatura entre 800 y 1.300° ha de realizarse rápidamente, pues, de lo contrario, la superficie del acero se carboniza, ejerciendo una influencia desfavorable en su dureza.

Mientras que los aceros al carbono sólo pueden a una velocidad de corte bastante reducida, con los aceros rápidos se puede alcanzar una velocidad hasta tres veces superior. Esto se debe a que los aceros al carbono, cuando alcanzan la temperatura de 150°, debido al calor desarrollado por el frotamiento, comienzan a reblandecerse, disminuyendo sensiblemente su capacidad de corte. Al llegar a unos 250° pierden por completo su dureza.

Los aceros rápidos se conducen distintamente, pues pueden calentarse hasta 600 a 700° sin que el filo de la herramienta pierda su dureza ni sufra desgaste sensible, aun cuando el acero llegue al rojo vivo. Además, estos aceros permiten trabajar con velocidades de corte muy elevadas, variando la velocidad más económica entre 20 a 25 metros por minuto.

Los aceros rápidos fueron presentados al público por vez primera en la Exposición Universal de París de 1900, con una velocidad de corte de 40 metros por minuto, desprendiéndose las virutas de material a la temperatura del rojo vivo, de modo que en trabajo continuo se transmitía esta temperatura a la herramienta, sin influencia sensible sobre su capacidad de corte.

Sin embargo, conviene observar que semejantes condiciones de trabajo, si bien son interesantes como muestra del esfuerzo, son inadmisibles en el trabajo normal de taller, donde conviene adoptar una velocidad de 20 a 25 metros, pues, de lo contrario, aumenta considerablemente la fuerza motriz absorbida por los tornos, desgastándose rápidamente todos sus mecanismos.

En la industria de construcciones mecánicas han tenido mucha aceptación las siguientes clases de aceros rápidos, cuya composición es:

	Aceros aleman al cobalto	Aceros rápidos austriaco	Aceros Fénix austriaco
Cromo	% 4,38	7,19	3,70
Wolfram	% 16,40	24,50	20,70
Carbono	% 0,76	0,93	0,67
Manganeso	% 0,10	0,23	0,14
Silicio	% 0,28	0,24	0,05

En el número próximo se tratará de los metales duros y diamantes como herramientas de corte, pues en éste, por su amplitud y gran interés, no podríamos tratarlo, por resultar demasiado original.

Manuel LOPEZ AIRA

que fueran de la C. N. T. o si eran de la Unión General de Trabajadores. A partir de esa fecha hemos creído que la lucha entre nosotros no debe ser, y, todos unos, llevaremos al sentir de los altos Poderes esta necesidad de jubilaciones decorosas, las que no tardarán mucho tiempo en ser un hecho real y verdadero, y ni que decir tiene que con ello habremos escalado un peldaño en las aspiraciones mínimas de nuestro postulado revolucionario.

Eugenio MARTIARENA

Gijón, 1936.

NOTA DE LA REDACCIÓN.—Por estimar inaplazable el problema que plantea el compañero Eugenio Martiarena, la Comisión Ejecutiva de nuestra Federación, primero, y el Comité nacional de la misma, posteriormente, han tratado detenidamente de esta cuestión.

El resultado de estas deliberaciones ha sido el de facultar a la Ejecutiva para realizar cuantos trabajos estime pertinentes, a fin de conocer el pensamiento de todas las Secciones federadas en orden a este problema tan fundamental para la vida futura de los trabajadores, y articular después estas aspiraciones en términos concretos, que puedan ser en plazo breve una consoladora realidad.

A conseguirlo vamos. La vida del hombre que rindió en el trabajo de todos los días su fuerza creadora no puede tener —no debe tener— como única recompensa el agotamiento físico sin auxilio ni ayuda de nadie. Es preciso salvar esas vidas de la indigencia. Retirarles del trabajo, asegurándoles su subsistencia. Para conseguirlo no regatearemos esfuerzo alguno.

Que no lo regateen tampoco todos nuestros compañeros.

Un toque de atención

Lo ha sido el atentado perpetrado el jueves día 4 de junio en el local de la Casa del Pueblo de esta localidad.

Un artefacto repleto de metralla, capaz por su apariencia de producir la voladura de una fortaleza, hizo explosión cuando mayor era la animación en el local social. La poca pericia de estos aspirantes a bombistas evitó un día de luto a la provincia de Baleares. No obstante, la familia obrera palmerana tuvo que lamentar siete heridos, de entre ellos una compañera grave.

Con este acto, unos individuos que no son nada, que no representan nada y que no tienen el valor de presentarse a cara descubierta, han pretendido dar un golpe de muerte a la organización obrera, olvidándose por completo de que con bombas, anónimos y atentados personales lo único que consiguen es la indignación proletaria, y ellos, fariseos de Cristo, cobardes como un Judas, son los primeros en tocar las consecuencias de la réplica que en todo momento y al primer aviso les proporciona la clase trabajadora.

Ahora bien, como dice el dicho, que «no

hay peor sordo que el que no quiere oír», la clase trabajadora, consciente en todo momento de sus deberes, no debe olvidarse ni por un instante de que nuestra fuerza emana de nuestros organismos sindicales, y como tales, para poder desarrollar la labor que en todos y cada uno de los instantes de lucha requieren, es necesario que todos, sin excepción ninguna, nos encontremos dentro de nuestra organización respectiva, primero, y dentro de la mayor serenidad y disciplina, después.

Por ser geográficamente nuestra isla una de las separadas por grandes lagunas de agua del resto de nuestros camaradas de la península, debemos reconocer, sin rubor de ninguna clase, el atraso en que sindicalmente vivimos. ¿Es grave el mal? ¡No!

Ciertas enfermedades en terreno nacional, sindical y político son incurables. Pero nuestro caso no necesita oxígeno, como tantos otros; los remedios los poseemos, como poseemos los secretos para resolver lo irresoluble en el régimen capitalista; con la voluntad de todos y la serenidad de cada uno, cualidades que muy contados camaradas no poseen, nuestra situación está solucionada.

Por lo tanto, metalúrgicos de Baleares,

olvidando pequeños resquemores internos que no tienen derecho a existir, y pensando lo poco que valemos individualmente comparado con lo que representamos colectivamente, os recomiendo, si exigir es demasiado duro, vuestro ingreso en las filas de nuestro baluarte, puesto que por ningún concepto se debe abandonar.

Lo personal no interesa a lo colectivo: nuestro lema es uno: «La unión hace la fuerza.»

Antonio GIL JULIA

Los republicanos no han aceptado incluir en el programa de realizaciones que sirve de base a la coalición electoral de izquierdas la ley de Control obrero.

Pero como los trabajadores no renunciamos a esa aspiración, quiere decir que recuperada la República se la dejaremos a los republicanos para seguir nosotros nuestro camino.

Todo será que no consigamos la promulgación de la ley de Control obrero; pero nos consideraremos satisfechos si alcanzamos el Poder político para la clase trabajadora.

Porque entonces el control ya no nos servirá para gran cosa tal y como quedó el proyecto sobre la mesa de la Cámara en las Constituyentes.

La Conferencia Internacional del Trabajo en Ginebra

Por considerarlo de interés para nuestros compañeros y simpatizantes, a continuación reproducimos los párrafos más salientes del discurso pronunciado en dicha conferencia por nuestro compañero Pascual Tomás.

Tomás Taengua (delegado obrero de España).—Señor presidente, señoras y señores: Las aspiraciones supremas de la Oficina Internacional del Trabajo no pueden ser otras, obedeciendo a razones morales, sociales y políticas, que avallan su Constitución, que las de establecer nuevas concepciones de justicia social, a cuyo amparo se destruyan los privilegios de clase que fundamentan y sostienen el hambre y el dolor de una parte — la más numerosa — de la sociedad actual. Asegurar al mundo la paz y los principios fundamentales de justicia y de libertad plena debe ser una ambición ideal de la Oficina Internacional del Trabajo. Ambición que no podrá intentarse siquiera, convertida en realidad viva, si la Oficina no se adentra con mayores ímpetus en la vida económica de los pueblos, y se decide a estructurar la economía universal, atendiendo a normas de distribución de la riqueza más humanas y más equitativas que las actuales.

Los pueblos viven—salvando la sola excepción de Rusia—sometidos al poder coercitivo del nacionalismo económico. Las derivaciones irrefutables de esa política pesan solamente sobre aquella parte de la Humanidad que mayores esfuerzos realiza diariamente por acrecentar la riqueza improductiva de los pueblos por falta de capacidad rectora de sus poseedores. El nacionalismo económico significa, en su contenido doctrinal, la negación de toda política de paz. El esfuerzo colectivo de la Oficina Internacional del Trabajo ha de consagrarse perennemente a la tarea de articular medidas de seguridad colectiva que, destruyendo las barreras arancelarias—sobre las cuales descansa el poder omnipotente del nacionalismo económico—le permitan, a su vez, el libre cambio de las primeras materias, para que su aplicación a los mercados industriales obedezca a normas científicas puestas al servicio de los intereses supremos de los pueblos.

El nacionalismo económico influye constantemente en la dirección política de los pueblos. Quiere para sí la protección arancelaria dentro de los propios límites de la nación en que vive. Pero, dominado por un ansia de poder inconfesable, violenta constantemente la conciencia de los gobernantes para arrancar de otros pueblos mercados industriales que le permitan la expansión de su poderío económico.

No vale pensar en la posibilidad de que estos afanes de dominación económica de unos pueblos sobre otros puedan encontrar remedio en la firma de pactos o de convenios, al amparo de los cuales tengan cierta garantía y seguridad los pueblos pequeños. Esta ilusión ha fracasado, porque su acción no ha penetrado hasta la raíz del mal. Es necesario, si de verdad se quiere estabilizar sobre fundamentos más lógicos y sobre bases más seguras la vida civil de los pueblos, que éstos empiecen por limitar y destruir el poderío del nacionalismo económico, sin lo cual no habrá posibilidad de que la paz pueda cristalizar en realidades vivas y concretas.

Para que un pueblo pueda desarrollar sus actividades, sus esfuerzos, sus reservas económicas, su cultura y su ciencia al engrandecimiento de sí mismo, es necesario librarle de la tutela y de la presión que el nacionalismo económico de los pueblos grandes ejerce sobre aquellos que, por estar dominados por un fatalismo histórico, no han llegado a producirse en los términos de grandeza y de poderío industrial que podrían ambicionar.

El señor director de la Oficina Internacional del Trabajo dice en su Memoria unas palabras que tienen en sus labios un valor dramático e irrefutable. El señor director afirma **QUE EL EXAMEN DE LA VIDA SOCIAL Y ECONOMICA DE LOS DOCE ULTIMOS MESES HACE NACER EN EL ESPIRITU MAS DUDAS Y PERPLEJIDADES EN LAS CONCIENCIAS QUE OPTIMISMOS.** ¿Por qué? Porque los pueblos siguen aún controlados en la función rectora de su economía por el nacionalismo, que ambiciona no la articulación y distribución de su propia riqueza, sino el apoderamiento de mercados industriales sobre los cuales extender el producto del trabajo por otros hombres realizado, y mientras los pueblos del mundo concentran toda su ambición en buscar recíprocamente lo que les falta en el suyo de mercado, el peligro de una guerra está siempre indiscutiblemente acogotando económicamente la vida de los pueblos y destruyendo su patrimonio civil.

Por eso, señor presidente, la delegación española estima como un deber suyo irrecusable decir desde esta tribuna que la Oficina Internacional del Trabajo debe saltar por encima de aquellos límites que se le trazaron por su actuación en el año primero de su constitución y cuidar no solamente de articular convenios, al amparo de los cuales se reduzca en unas horas la jornada y se garantice a los hombres sus derechos para aquellos instantes de su vida en que la enfermedad agota y destruye la resistencia física, sino que, además, la Oficina Internacional del Trabajo debe estudiar la economía de los pueblos, sus posibilidades creadoras, su poderío industrial, y debe caminar internacionalmente a una dirección de esa economía que, al distribuir las primeras materias a tenor de las necesidades de cada pueblo, atendiendo también a las posibilidades creadoras que cada uno tenga, realice una política que apoye al que trabaja y de seguridad de que, al amparo de esa distribución y de esa vigilancia constante, el nacionalismo económico se verá desplazado de la vida política de los pueblos y permitirá distribuir la

riqueza que crea diariamente el trabajo, bajo normas diametralmente opuestas a las que ahora presiden la vida industrial y la vida económica de las naciones.

CUMPLIMIENTO DE LOS CONVENIOS

Hace dos años, cuando yo tuve el honor de dirigirme por primera vez desde esta tribuna a los representantes de los Estados adheridos al B. I. T., solicité del señor director de la Oficina que ésta ampliara su poder de acción, buscando en sus actividades no solamente el estudio y articulación de convenios internacionales, sino la vigilancia de cómo se cumplían por las diversas naciones que integran la Oficina los convenios por ellas ratificados.

Realidades innegables que pesan sobre la clase trabajadora de muchas naciones del mundo demuestran la necesidad de ejercer esta vigilancia, que yo demando en nombre de la clase trabajadora española.

No basta establecer las directrices de un convenio. No basta tampoco que los Gobiernos lo ratifiquen; lo que interesa a los pueblos es que estos convenios tengan en la vida real una efectividad innegable. Porque se puede vivir bajo las apariencias de normas de Gobiernos democráticos y respetuosos con la voluntad popular; pero la realidad, señores, ha demostrado que en algunos momentos de la historia de los pueblos que aparentemente figuraban y figuran dirigidos políticamente por regímenes de democracia y de respeto a la soberanía popular, se han introducido represalias de todo linaje, dejando incumplidos los principios humanos que se expresaban en los convenios internacionales, persiguiendo a los hombres por su pensamiento y por sus afanes de reivindicaciones ideales. Por esto, señor director, la observación que de nuevo se permite hacer el delegado obrero español consiste en que por parte de la Oficina se adopten medidas indispensables a virtud de las cuales se impida que un Gobierno de los que integran la Conferencia, al cambiar las directrices de su política y, por tanto, desestimar como fundamentales apreciaciones ideológicas de un sentido civil, pueda seguir firmando los convenios para dar la sensación ante la Conferencia y ante el mundo de que sigue el ritmo ascendente y progresivo de la Oficina, pero realizando en su país una política coercitiva contra el espíritu de los hombres, y dejando incumplidas, como se afirma en el apartado XIII del Tratado de Versalles, el principio de libertad y de asociación sindical, y colocando cada día más obstáculos al normal funcionamiento de las organizaciones clasistas de los trabajadores.

Esta vigilancia internacional del trabajo, creada en horas solemnes, desgranó en el pensamiento de los hombres la nota humana de una posible convivencia internacional, que al acercar y agrupar a los hombres entre sí fuera borrando todas las iras y todas las pasiones que dividen a la Humanidad.

Políticamente se ha podido realizar esta labor de acercamiento manteniendo en pie con más o menos firmeza la idea de una posible confraternidad universal. Pero el avance de los días, la lucha de todo instante va descubriendo al mundo que el enemigo mayor de toda posible convivencia de vida civil es el nacionalismo económico, fomentador de toda conflagración, que impulsa a los pueblos a luchas de exterminio y desolación.

Si la Oficina prosigue su tarea limitando solamente su actuación a medidas conducentes a reducir la jornada de trabajo y a las garantías de una vida en el mañana, aun siendo esto muy interesante, no tendrá eficacia en la vida real, que está sujeta al ritmo coercitivo del nacionalismo económico. Es necesario, pues, crear el convenio, pero más necesario aún vigilar el cumplimiento exacto del mismo.

La vida exige en estos instantes dramáticos de la Historia apartar todo fingimiento colectivo. Que los pueblos expresen sin veladuras de ninguna especie su pensamiento. Que sepamos cuáles son los que ambicionan la paz y los que quieren sostener la lucha armada. Que la Humanidad pueda, en última instancia, dividirse en dos bandos: uno, formado por los que quieren darle a la Oficina y a la Sociedad de Naciones el espíritu civil y el sentido humano que se tuvo para crearla, y del otro lado, aquellos que por tener ambiciones de imperialismo y de dominio económico pretenden vivir sobre los demás pueblos.

EL PARO

El problema más grave que pesa sobre la Humanidad entera es el que está representado por la presencia diaria de millones de hombres, de mujeres y de jóvenes, que, teniendo capacidad creadora de trabajo y condiciones innegables para producir, se ven forzados, como una consecuencia fatal de la vida presente, a tener plenamente paralizados sus brazos y su pensamiento por la falta de mercado donde alquilar sus fuerzas creadoras y condenados como consecuencia a una vida de privaciones y de miseria, que impulsan a esta multitud famélica a la comisión de delitos, que no son otra cosa más que manifestaciones esporádicas de locura colectiva.

La propia seguridad de un pueblo está vinculada, más que al peligro de una posible agresión del vecino, a la derivación de lo que se produzca de la actitud colectiva de los hombres sin trabajo.

En aquellos pueblos donde el Poder público, con una visión certera de su función social, ha sabido atender y defender el derecho innegable a vivir de todos los ciudadanos, las relaciones entre sí han sido y son influenciadas por unas normas de respeto a virtud de las cuales las ideas tienen campo ilimitado donde poder desenvolverse. Pero en aquellos

pueblos donde los poderes constituidos han olvidado esta función protectora de la ciudadanía, les es necesario crear ejércitos privados para contener las legítimas aspiraciones de las masas hambrientas y sostenerse en el Poder. La consecuencia fatal de este choque deriva siempre en perjuicio para el propio interés colectivo de los pueblos. La Humanidad, los hombres y las mujeres que hoy gimen su dolor por la falta de trabajo, no pueden ser exterminados como solución a su infortunio. No lo serán jamás. Podrán los ejércitos privados, manejados por los Gobiernos de algunas naciones, conseguir tiranizar y vengarse contra esas masas hambrientas; pero ha de llegar un instante fatal y decisivo en la Historia en el cual el dolor y la desesperación de estas multitudes será superior a las fuerzas coercitivas de los ejércitos privados, y, saltando por encima de todos ellos, hará triunfar su poder. Si en estos instantes la palabra del hombre encuentra posibilidad de encausar todo el dinamismo creado por esas multitudes perseguidas, la Humanidad tendrá una mayor esperanza para su posible redención futura; si, por el contrario, se ciega la palabra del hombre y el odio acorralado estalla sin control, entonces nadie dude que las consecuencias serán indefectiblemente todo lo contrario de lo que demandan los intereses supremos del pueblo. Los pueblos ya no se conforman con ser rebaño, ambicionan algo más grande. Ambicionan legítimamente ser hombres. La enseñanza que se deriva de la crisis demuestra con claridad absoluta que esto no podrá ser resuelto parcialmente. Hay pueblos en los cuales ha disminuido el paro, pero esta disminución de brazos en el mercado de obreros parados no ha sido motivada por un crecimiento de la economía particular, ni mucho menos por haber dejado de ser un peligro la crisis económica. Este aumento de hombres en las fábricas y en los talleres ha tenido solamente un mercado: el que facilitaba la construcción de elementos de guerra. ¿Podemos nosotros ambicionar como solución de este problema el aumento constante de armamentos de guerra como posibilidad de resolver el problema de carácter económico? Contestamos a ello resueltamente que no. Hace falta unificar la acción internacional. La resolución del paro es un problema cuyas directrices han de sentirse en todo el mundo, única manera de que al dirigirse internacionalmente la economía de los pueblos responda esta función a preceptos indeclinables de seguridad colectiva.

Yo ya sé que no es posible, dentro de las normas actuales de vida establecidas en los pueblos, resolver plenamente el problema que se deriva de la pugna económica que gravita sobre todos ellos. Como una consecuencia indeclinable de mi posición doctrinal, yo considero que la transformación de la vida de los pueblos ha de ser efectuada por medio de directrices políticas dispares en absoluto con aquellas que presiden hoy la mayoría de las naciones de Europa.

No obstante este criterio, nacido, repito, de una posición ideal que constituye algo consubstancial con mi vida entera, estimo un deber aportar a la obra de la Oficina Internacional del Trabajo la modestísima colaboración de quien habla en representación de los obreros españoles, para poder decir desde esta alta tribuna que no se podrá alcanzar una parte mínima de nuestras ambiciones ideales si no es sacrificando y destruyendo los intereses particulares de una clase social que está en pugna con las ambiciones y con los intereses de aquella clase más numerosa, que ha vivido y sigue viviendo amarrada a las galeras del trabajo, bogando constantemente sin compensación alguna, y no teniendo para su porvenir más esperanza que ser un actor más en el desfile interminable de los hombres parados que van caminando por el mundo sin pan y muerta toda esperanza de vida para lo futuro. Hace falta, repito, señor director, que las naciones que integran la Oficina Internacional del Trabajo digan si están dispuestas a imponer, por encima de todo nacionalismo económico, de toda ambición de dominio, de todo afán de lucha armada, el interés de los pueblos para establecer provisionalmente una vida de producción que impida, en primer término, la lucha armada, pero que impida también la muerte lenta de millones de hombres que, aportando al acervo común de la civilización su inteligencia y sus brazos, van muriendo paulatinamente lejos del estruendo guerrero, sin glorias para sus hazañas, pero muerta, repetimos, su espiritualidad civil, porque la destruyó de un carpa el poderío económico de quien, por una falta de visión histórica, está impulsando a la Humanidad a luchas mucho más cruentas que la vivida en los años 1914 a 1918 de este siglo.

Queremos vivir en íntima relación espiritual con todos los trabajadores afines a nuestro postulado, sin tolerar—ESO JAMAS—que se nos imponga por la violencia un ideal distinto al nuestro.

NO LO OLVIDE NADIE